

MISA 8 DE DICIEMBRE 2019 – Plaza de Chillán
Paz en la Justicia - Oración por Chile
P. Sergio Pérez de Arce, administrador apostólico de Chillán

Nos reunimos como hermanos/as en la fe en esta solemnidad de la inmaculada concepción de la Virgen María. Y confesamos la obra de Dios en la Virgen: ella es preservada del pecado para ser morada del Hijo de Dios. “Purísima debía ser la Virgen que nos diera a tu Hijo, el Cordero inocente que quita el pecado del mundo”, proclama el prefacio de esta Misa.

El pecado es una realidad presente en nosotros y en nuestro mundo. Lo contemplamos en tantas tragedias de la humanidad y en los egoísmos de nuestro propio corazón. Lo contemplamos en tantas injusticias y violencias en nuestra patria, y en tantas actitudes y acciones cotidianas nuestras y de personas a nuestro alrededor. La maldad, la intolerancia, la avaricia, el engaño, la indiferencia y tantas otras manifestaciones del pecado son lamentablemente pan de cada día en nuestra convivencia como pueblo.

Es el pecado que se expresa en la narración de los orígenes, en el libro del Génesis, donde Adán y Eva desobedecen a Dios y luego se enconden, se encierran en sí mismos, y no solo rompen la comunión con Dios, sino se enemistan entre ellos y con la creación. Es el drama del pecado, que rompe la comunión, hiere nuestra convivencia y nos impide vivir esa felicidad para la que fuimos creados.

María no vive ese pecado, ella es la llena de gracia. Pero no porque sea una diosa, una supermujer. Ella es una criatura, como todos nosotros, no viene del cielo, sino que nace en Nazaret. Pero Dios actúa en ella y la prepara para ser madre del Salvador. Esto no es algo mecánico en María, como una sustancia o una naturaleza en ella. Es una gracia que ella debe de hacer suya, que debe asumir desde su libertad.

Por eso en el relato de la Anunciación dialoga con Dios, se interroga, pregunta, quiere entender. Y abriendo su corazón a la acción del Espíritu Santo, se hace disponible a los caminos de Dios: “Soy la servidora del Señor, que se haga en mí según tu palabra”. María es inmaculada desde su concepción, sí lo es, pero también se hace inmaculada dialogando con el Creador. No se cierra a Dios, no se esconde, no se encierra en sí misma. No se enemista con los demás, se pone al servicio de la humanidad al hacerse servidora de los designios salvadores de Dios. Ella rompe la cadena del egoísmo, mentiras y enemistad que vemos en los orígenes. Por eso ella es “nuestra joyita”, la mejor de todos/as nosotros/as, y por eso compartiendo la gloria de su Hijo nos acompaña como madre de la Iglesia, llena de ternura y misericordia.

A María le confiamos hoy el devenir de nuestra patria y nuestros anhelos de paz en este tiempo difícil y complejo, pues sabemos que está entrañablemente unida a la historia y a la fe de nuestro pueblo.

Pero sabemos bien que la paz también hay que edificarla, con constancia y conversión, con delicadeza y decisión, como artesanos de la paz: “Felices los que trabajan por la paz, pues serán llamados hijos de Dios”.

Para construir la paz, no partimos de cero. Los chilenos tenemos una historia dolorosa, hemos vivido muchas veces divisiones y violencias; pero también hemos vivido tiempos de más comunión, donde hemos podido construir algunos caminos de progreso y desarrollo. En estos mismos últimos 50 días se han expresado esperanzas y sufrimientos, que pueden ser un nuevo aprendizaje para saber cuáles caminos construyen paz y cuáles no lo hacen. Entonces, quisiera destacar algunos aspectos que tenemos que seguir aprendiendo, para edificar la paz. Son condiciones para cimentar una paz más duradera.

Un primer aspecto que sabemos en teoría, pero que nos ha costado mucho aprender, es que la paz es fruto de la justicia. Lo dicen los profetas de Israel, lo dice Jesús al declarar bienaventurados a los que tienen hambre y sed de justicia, lo ha enseñado constantemente la Iglesia. Lo dice el Papa Francisco, cuando afirma que “una paz que no surja como fruto del desarrollo integral de todos, tampoco tendrá futuro y siempre será semilla de nuevos conflictos y de variadas formas de violencia” (EG 219). Por eso las demandas de equidad, de pensiones dignas, de salud y educación de calidad y el rechazo a diferentes tipos de abuso han tenido tanta resonancia en la población.

Ya en el 2012 los obispos chilenos publicaron un documento llamado “Humanizar y compartir con equidad el desarrollo de Chile” y decían: “Chile ha sido uno de los países donde se ha aplicado con mayor rigidez y ortodoxia un modelo de desarrollo excesivamente centrado en los aspectos económicos”. Y advertían que se ponía en peligro nuestra gobernabilidad si no se buscaba una solución a problemas graves de desigualdad e injusticia. Decían: “La desigualdad se hace particularmente inmoral e inicua cuando los más pobres, aunque tengan trabajo, no reciben los salarios que les permiten vivir y mantener dignamente a sus familias”. Aprendamos la lección: la paz es fruto de la justicia.

Un segundo aspecto que tenemos que volver a aprender, es que la violencia no nos lleva a la paz, sino que nos llena de temores, incertidumbre y se vuelve contra las mismas personas y las causas justas que queremos promover.

Los niveles de destrucción y de agresividad de estos días han superado lo inimaginable. Se ha expresado algo irracional, sin límites y sin sentido, porque no es ningún aporte y solo puede ser considerado un retroceso.

Es algo que viene expresándose hace años, con una creciente intolerancia y descalificación del otro. Pensar distinto no es expresión de pluralismo, sino motivo para destruir al otro y tratarlo como el peor enemigo. La crítica a las instituciones, válida por cierto ante las múltiples falencias que ellas han mostrado, a menudo toma la forma de una desacreditación absoluta, que no le hace bien al país y que pierde el sentido de realidad. Tenemos que aprender a tener un auténtico sentido crítico, pues es indispensable para el cambio social, pero hay que cuidar que no hiera irremediablemente nuestra convivencia y no legitime la violencia destructora y denigrante.

Un tercer aspecto que hemos aprendido en Chile con dolor y con horror, es que la paz supone el respeto de los derechos humanos. Hay chilenos a quienes todavía les molesta la defensa de los derechos humanos, lo sienten un discurso izquierdizante e ideologizado. Por supuesto que anhelamos orden, por supuesto que hay que rechazar la violencia contra la fuerza pública y reconocer el contexto complejo que hemos estado viviendo, pero el Estado, a través de sus diversos actores y agentes, tiene la obligación de respetar los derechos y la dignidad de las

personas, incluso cuando delinquen, y actuar en el marco de la ley. No perdamos, hermanos, este aprendizaje para la paz. Todo abuso y atropello a la dignidad de las personas es intolerable; si se comete en nombre del Estado, es más intolerable aún.

Y un cuarto aspecto que hemos aprendido como necesario para la paz, es la importancia del diálogo y el acuerdo social y político.

Como es obvio, tenemos diferencias grandes al mirar la realidad, al juzgar los problemas y buscar soluciones, al elegir prioridades. Hay muchas formas posibles de aproximarse a los asuntos comunes y tenemos que aceptar ese pluralismo. Pero, por lo mismo, tenemos que ponernos de acuerdo, aprender a promover nuestras ideas, pero también a ceder, siempre en el marco de las estructuras democráticas que el país tiene y que, por supuesto, puede también revisar. Y esto supone, hermanos, interés y participación en la cosa pública. No descuidemos la política y la organización social. No dejemos de participar en las elecciones. No dejemos a los políticos solos en su accionar, sino que seamos una ciudadanía activa, que fiscaliza y cuida su democracia. Esto también es esencial para la paz.

Quisiera terminar este elenco de aprendizajes y condiciones para la paz recordando que el ser humano no se agota en lo terreno. Tenemos que luchar por un mundo más justo y digno para todos, pero hay una plenitud que no la da el progreso material, ni siquiera una convivencia libre de dificultades. Esa plenitud nos viene del Señor, de nuestra comunión con él, pues hemos de reconocernos peregrinos hacia “una nueva morada y una nueva tierra donde habita la justicia, y cuya bienaventuranza es capaz de saciar y rebasar todos los anhelos de paz que surgen en el corazón humano” (GS 39). El ser humano necesita a Dios para ser pleno, necesita a Dios para una paz verdadera. Y mientras lucha por un mundo mejor, no debe olvidar el Bien que está por sobre todos los bienes, si no quiere terminar perdiéndose a sí mismo.

Volvamos hoy la mirada a la Virgen María, la llena de gracia, que se nos presenta como modelo de santidad. Aprendamos de su entrega a Dios y a los hermanos como camino para edificar la paz. Y confiémosle, bajo la advocación del Carmen, patrona de Chile, lo que somos y tenemos como pueblo: “nuestros hogares, escuelas y oficinas; nuestras fábricas, estadios y rutas; el campo, las pampas, las minas y el mar (...) enséñanos a conquistar el verdadero progreso, que es construir una gran nación de hermanos donde cada uno tenga pan, respeto y alegría”.